

UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 6

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Finkelstein, Israel. “En busca de los patriarcas”. En *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, 44-62. Madrid: Siglo XXI, 2005.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

1.- EN BUSCA DE LOS PATRIARCAS

Al principio había una sola familia con una relación especial con Dios. Con el paso del tiempo, aquella familia fue fecunda y se multiplicó considerablemente hasta convertirse en el pueblo de Israel. Ésta es la primera gran epopeya de la Biblia, un relato de sueños de inmigrantes y promesas divinas que sirve de vistosa y estimulante obertura para la siguiente historia de la nación de Israel. Abraham fue el primero de los patriarcas y el destinatario de una promesa divina de territorios y descendencia numerosa, promesa transmitida generación tras generación por su hijo Isaac y por el hijo de éste, Jacob, conocido también como Israel. Entre los doce hijos de Jacob, cada uno de los cuales acabaría siendo el patriarca de una tribu de Israel, Judá obtuvo el honor especial de gobernar sobre todos.

La descripción bíblica de la vida de los patriarcas es un brillante relato tanto familiar como nacional. Su fuerza emotiva le viene de ser el documento que registra los conflictos profundamente humanos de padres, madres, esposos, esposas, hijas e hijos. En cierto sentido es un relato típicamente familiar, con todas sus alegrías y tristezas, amor y odio, engaños y astucias, hambrunas y prosperidad. Es también un relato universal y filosófico acerca de la relación entre Dios y la humanidad; habla de devoción y obediencia, justicia e injusticia, fe, piedad e inmoralidad. Es la historia de Dios, que elige una nación; de la eterna promesa divina de tierra, prosperidad y engrandecimiento.

Las historias de los patriarcas constituyen un vigoroso logro literario desde casi cualquier punto de vista —histórico, psicológico o espiritual—. Pero ¿son unos anales fidedignos del nacimiento del pueblo de Israel? ¿Hay alguna prueba de que los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob —y las matriarcas Sara, Rebeca, Lía y Raquel— Vivieron realmente?

Una epopeya de cuatro generaciones

El libro del Génesis describe a Abraham como el arquetipo de un hombre de fe y patriarca familiar, originario de Ur, en el sur de Mesopotamia, reasentado con su familia en la ciudad de Jarán, a orillas

de uno de los afluentes del cauce superior del Eufrates (Figura 4, p. 33). Allí es donde Dios se le apareció y le ordenó: «Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de tí un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y servirá de bendición» (Génesis 12:1-2). Obedeciendo las palabras de Dios, Abrán (como entonces se le llamaba) tomó a su mujer, Saray, y a su sobrino Lot y partió hacia Canaán. Recorrió con sus rebaños las serranías centrales desplazándose sobre todo entre Siquén, en el norte, Betel (cerca de Jerusalén) y Hebrón, en el sur, pero introduciéndose también en el Neguev, más al sur (Figura 5, p. 37).

Durante sus viajes, Abrán construyó altares para Dios en varios lugares y fue descubriendo poco a poco la verdadera naturaleza de su destino. Dios prometió a Abrán y sus descendientes todas las tierras «desde el río de Egipto al Gran Río, el Eufrates» (Génesis 15:18). Y en señal de su cometido como patriarca de muchos pueblos, Dios le cambió su nombre, Abrán, por el de Abraham —«porque te hago padre de una multitud de pueblos» (Génesis 17:5)—. También cambió el nombre de su mujer, Saray, por el de Sara, para significar que su estado había experimentado igualmente una modificación.

La familia de Abraham fue el origen de todas las naciones de la región. Durante sus andanzas por Canaán, los pastores de Abraham y los de Lot comenzaron a pelearse. Para evitar más conflictos familiares, Abraham y Lot decidieron repartirse el país. Abraham y su gente se quedaron en las tierras altas occidentales, mientras Lot y su familia marcharon al este, al valle del Jordán, y se asentaron en Sodoma, cerca del mar Muerto. Los habitantes de Sodoma y la ciudad vecina de Gomorra resultaron ser malvados y traicioneros, pero Dios hizo llover azufre y fuego sobre aquellas ciudades pecadoras hasta arrasirlas. Lot marchó solo hacia las colinas orientales para convertirse en el antepasado de los pueblos transjordanos de Moab y Amón. También Abraham fue padre de varios pueblos antiguos. Como su mujer, Sara, no podía tener hijos por su avanzada edad, noventa años, Abraham tomó como concubina a Hagar, la esclava egipcia de Sara. Ambos tuvieron un hijo llamado Ismael, que con el tiempo sería el antepasado de todos los pueblos árabes de los desiertos meridionales.

El dato más importante para el relato bíblico fue que Dios prometió otro hijo a Abraham; y cuando éste tenía cien años, su amada esposa, Sara, dio a luz milagrosamente un niño, Isaac. Una de las imágenes más vigorosas de la Biblia es aquella en que Dios pone a Abraham ante la prueba definitiva de su fe ordenándole sacrificar a su amado hijo Isaac en lo alto de una montaña del país de Moría. Dios impidió el sacrificio, pero recompensó la muestra de fe de Abraham renovando su pacto. Los descendientes de Abraham no llegarían a ser sólo una gran nación —tan numerosa como las estre-

llas del cielo y la arena de las playas—, sino que, en el futuro, todas las naciones del mundo se considerarían benditas por ella.

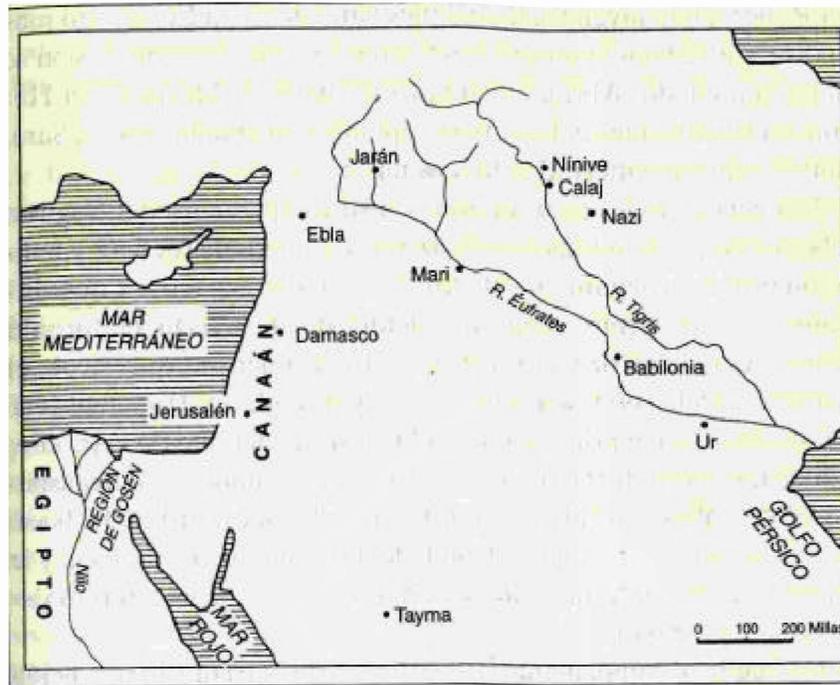


Figura 4. Yacimientos de Mesopotamia y otros lugares de Oriente Próximo relacionados con los relatos de los patriarcas

Isaac alcanzó la madurez y vagó con sus propios rebaños por las proximidades de la ciudad meridional de Berseba y acabó casándose con Rebeca, una joven traída del país natal de su padre, mucho más al norte. Entre tanto, las raíces familiares en la tierra de promisión se habían ahondado. Abraham compró la cueva de Macpela, en Hebrón, en las serranías del sur, para sepultar a su amada esposa, Sara. También él sería enterrado allí más tarde.

Las generaciones continuaron. En su campamento del Neguev, Rebeca, la esposa de Isaac, dio a luz a dos gemelos de carácter y temperamento completamente distintos y cuyos respectivos descendientes lucharían entre sí durante cientos de años. Esaú, un fornido cazador, era el mayor y el favorito de Isaac, mientras que Jacob, el menor, más delicado y sensible, era el hijo predilecto de su madre. Y

aunque Esaú era el primogénito y el heredero legítimo de la promesa divina, Rebeca disfrazó a su hijo Jacob cubriéndolo con una áspera piel de cabra y lo presentó ante el lecho del moribundo Isaac para que el patriarca, ciego y debilitado, lo confundiera con Esaú y le concediera involuntariamente la bendición de la primogenitura debida a su hijo mayor.

De vuelta al campamento, Esaú descubrió la treta y la bendición robada. Pero nada podía hacerse ya. Su anciano padre, Isaac, prometió únicamente a Esaú que sería el progenitor de los edomitas, moradores del desierto: «Sin feracidad de la tierra será tu morada» (Génesis 27:39). Así se establecía otro de los pueblos de la región, y con el tiempo, según nos revela Génesis 28:9, Esaú tomaría una mujer de la familia de su tío Ismael y engendraría otras tribus del desierto. Y esas tribus estarían siempre en conflicto con los israelitas —en concreto, con los descendientes de su hermano, Jacob, que le había arrebatado la divina primogenitura.

Jacob huyó enseguida de la cólera de su agraviado hermano y marchó lejos, al norte, a la casa de su tío Labán, en Jarán, para encontrar esposa. De camino al norte, Dios confirmó la herencia de Jacob. En Betel, Jacob se detuvo a pernoctar y soñó con una escalera colocada sobre la tierra cuyo extremo superior llegaba al cielo y por la que subían y bajaban ángeles de Dios. En lo alto de la escalera, Dios, de pie, renovó la promesa hecha a Abraham:

Yo soy el Señor, Dios de Abraham, tu padre, y Dios de Isaac. La tierra en que yaces te la daré a ti y a tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra; te extenderás a occidente y oriente, al norte y al sur. Por tí y por tu descendencia todos los pueblos del mundo serán benditos. Yo estoy contigo, te acompañaré a donde vayas, te haré volver a este país y no te abandonaré hasta cumplirte cuanto te he prometido. (Génesis 28:13-15)

Jacob siguió hacia el norte, hasta Jarán, permaneció con Labán varios años, desposó a sus dos hijas, Lía y Raquel, y engendró once hijos —Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón y José— de sus dos mujeres y dos criadas de ellas. Dios ordenó entonces a Jacob regresar a Canaán con su familia. Sin embargo, de camino, mientras cruzaba el río Yaboc, en Transjordania, fue obligado a pelear con un misterioso personaje. Aquella enigmática figura, ángel o Dios, cambió a Jacob su nombre por el de Israel (literalmente, «el que ha luchado con Dios»): «pues has luchado con Dios y con hombres y has podido» (Génesis 32:28). Jacob regresó entonces a Canaán, levantó un campamento cerca de Siquén y construyó un altar en Betel —en el mismo lugar donde Dios se le había

revelado camino de Jarán—. Mientras se desplazaban más al sur, Raquel murió de sobrepeso cerca de Belén al dar a luz a Benjamín, el último hijo de Jacob. Poco después falleció Isaac, padre de Jacob, y fue enterrado en la cueva de Macpela, en Hebrón.

La familia se iba convirtiendo poco a poco en un clan que acabaría transformándose en nación. Sin embargo, en esta fase, los hijos de Israel seguían siendo una familia de hermanos reñidos entre los que José, el hijo favorito de Jacob, era detestado por todos los demás debido a sus singulares sueños, que predecían que iba a reinar sobre su familia. Aunque la mayoría de los hermanos deseaba asesinarlo, Rubén y Judá les disuadieron. En vez de darle muerte, los hermanos lo vendieron a un grupo de mercaderes ismaelitas que marchaban a Egipto con una caravana de camellos. Los hermanos fingieron sentir un gran pesar y explicaron al patriarca Jacob que una fiera salvaje había devorado a José. Jacob lloró a su hijo amado.

Pero el gran destino de José no se veía impedido por los celos de sus hermanos. Tras afincarse en Egipto, prosperó rápidamente en riqueza y rango debido a sus extraordinarias capacidades. Después de haber interpretado un sueño del faraón que predecía siete años buenos seguidos de siete malos, fue nombrado gran visir del soberano egipcio. En aquel alto cargo, José reorganizó la economía del país almacenando los comestibles sobrantes de los años buenos para los futuros años malos. De hecho, cuando finalmente comenzaron los años malos, Egipto se hallaba bien preparado. En la vecina Canaán, Jacob y sus hijos padecían los efectos de la hambruna, por lo que éste envió a Egipto a diez de los hijos que le quedaban en busca de alimentos. Una vez allí, los hijos de Jacob fueron a hablar con el visir José, que era ya un adulto. Los hijos de Jacob no reconocieron a su hermano, perdido desde hacía tiempo, y José no les reveló su identidad en un primer momento. Luego, en una escena conmovedora, les dio a conocer que era el hermano despreciado a quien habían vendido como esclavo.

Los hijos de Israel acabaron, finalmente, reunidos, y el anciano patriarca Jacob marchó a vivir con toda su familia cerca de su importante hijo, en el territorio de Gosén. En su lecho de muerte, Jacob bendijo a sus hijos y a su dos nietos Manases y Efraín, hijos de José. De entre todos los honores, Judá recibió la primogenitura real:

A ti, Judá, te alabarán tus hermanos, pondrás la mano sobre la cerviz de tus enemigos, se postrarán ante ti los hijos de tu madre. Judá es un león agazapado: has vuelto de hacer presa, hijo mío; se agacha y se tumba como león o como leona, ¿quién se atreverá a desafiarte? No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que le traigan tributo y le rindan homenaje los pueblos. (Génesis 49:8-10).

Y, tras la muerte de Jacob, su cuerpo fue llevado de vuelta a Canaán —al territorio que sería algún día la herencia tribal de Judá— y fue sepultado por sus hijos en la cueva de Macpela, en Hebrón. José murió también, y los hijos de Israel permanecieron en Egipto, donde se desarrollaría el siguiente capítulo de su historia como nación.

La búsqueda fallida del Abraham histórico

Antes de describir el momento y las circunstancias históricas probables en que se tejió la trama del relato patriarcal de la Biblia a partir de fuentes anteriores, es importante explicar por qué tantos estudiosos de los últimos cien años han estado convencidos de que las crónicas de los patriarcas eran históricamente ciertas, al menos en sus líneas principales. El estilo de vida pastoril de los patriarcas parecía cuadrar bien, en términos generales, con lo que los arqueólogos de los primeros años del siglo xx habían observado en la vida beduina contemporánea de Oriente Próximo. La idea académica de que el modo de vida beduino se había mantenido en esencia sin cambios durante milenios prestaba cierto aire de verosimilitud a las descripciones bíblicas de una riqueza calculada en ovejas y cabras (Génesis 30:30-43), conflictos de clanes con aldeanos asentados por los pozos de agua (Génesis 21:25-33) y disputas por las tierras de pasto (Génesis 13:5-12). Además, las referencias notorias a localidades de Mesopotamia y Siria, como Ur, lugar de nacimiento de Abraham, y Jarán, a la orilla de un afluente del Éufrates (donde la mayoría de su familia siguió viviendo tras haber emigrado él a Canaán), parecían corresponderse con los hallazgos de las excavaciones arqueológicas en el arco oriental del Creciente Fértil, donde se habían encontrado algunos de los primeros centros de la antigua civilización de Oriente Próximo.

Sin embargo, había algo mucho más profundo, mucho más íntimamente ligado a la moderna creencia religiosa, que impulsaba a los estudiosos a buscar a los patriarcas «históricos». Muchos de los primeros arqueólogos bíblicos habían recibido una formación clerical o teológica. Estaban convencidos por su fe de que la promesa de Dios a Abraham, Isaac y Jacob —la primogenitura del pueblo judío, transmitida a los cristianos, según explicaba el apóstol Pablo en su carta a los gálatas— era real. Y, si lo era, había sido hecha, probablemente, a unas personas reales y no a creaciones imaginarias de la pluma de algún antiguo escriba anónimo.

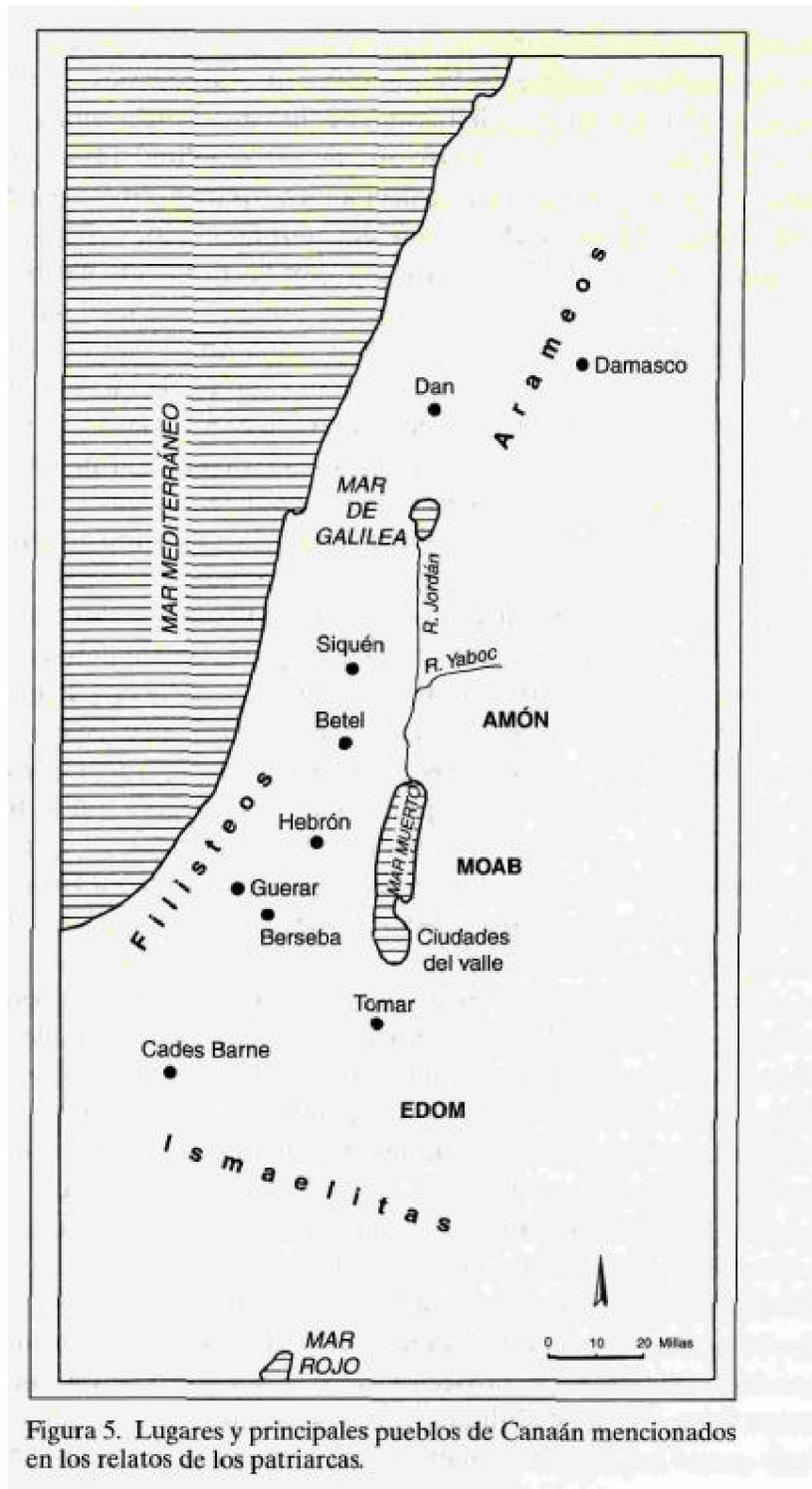


Figura 5. Lugares y principales pueblos de Canaán mencionados en los relatos de los patriarcas.

El dominico francés Roland de Vaux, biblista y arqueólogo, escribía, por ejemplo: «Si la fe histórica de Israel no está fundada en la historia, será errónea, y por tanto, también lo será nuestra fe». Y el decano norteamericano de la arqueología bíblica, William F. Albright, se hacía eco de este sentimiento insistiendo en que, «en conjunto, el cuadro pintado por el Génesis es histórico, y no hay razón para dudar de la exactitud general de los detalles biográficos». De hecho, desde las primeras décadas del siglo xx, con los grandes descubrimientos realizados en Mesopotamia y la intensificación de la actividad arqueológica en Palestina, muchos historiadores y arqueólogos bíblicos tenían la convicción de que nuevos descubrimientos mostrarían con probabilidad —si es que no lo confirmaban del todo— que los patriarcas habían sido personajes históricos. Argumentaban que, a pesar de haberse compilado en una fecha tan relativamente tardía como el periodo de la monarquía unificada, los relatos bíblicos preservaban al menos las líneas generales de una realidad histórica auténtica y antigua.

De hecho, la Biblia ofrecía abundante información cronológica concreta que podía ayudar, ante todo, a situar exactamente el momento de la vida de los patriarcas. La Biblia narra por orden consecutivo la primitiva historia de Israel, desde los patriarcas hasta la llegada a Egipto, el éxodo, la travesía del desierto, la conquista de Canaán, la época de los jueces y la instauración de la monarquía. También proporcionaba una clave para calcular fechas concretas. El indicio más importante es la observación recogida en 1 Reyes 6:1 según la cual el éxodo tuvo lugar cuatrocientos ochenta años antes de iniciarse la construcción del Templo de Jerusalén en el cuarto año del reinado de Salomón. Además, Éxodo 12:40 afirma que los israelitas soportaron cuatrocientos años de esclavitud en Egipto *antes* del éxodo. Añadiendo un poco más de doscientos años a la duración, coincidente en parte, de las vidas de los patriarcas en Canaán antes de que los israelitas marcharan a Egipto, llegamos a una fecha bíblica próxima a 2100 a. de C. para la partida original de Abraham hacia Canaán.

La aceptación de estas fechas para una reconstrucción histórica precisa implicaba, por supuesto, algunos problemas evidentes; uno de ellos, y no el menor, era el de la extraordinaria duración de las vidas de Abraham, Isaac y Jacob, que sobrepasaban con mucho los cien años. Además, las posteriores genealogías que seguían los pasos de los descendientes de Jacob eran confusas, cuando no lisa y llanamente contradictorias. Moisés y Aarón, por ejemplo, se identificaban como descendientes de Levi, hijo de Jacob, en la *cuarta* generación, mientras que de Josué, contemporáneo suyo, se decía que era descendiente de José, otro de los hijos de Jacob, en la *duodécima* generación; una discrepancia que difícilmente podía considerarse de menor cuantía.

No obstante, el estudioso norteamericano Albright sostuvo que la clave de la verificación del fundamento histórico del Génesis podría estar en algunos detalles singulares de sus relatos. En los documentos de las sociedades mesopotámicas del segundo milenio a. de C., de las que supuestamente procedían los patriarcas, se podían reconocer

ciertos elementos como nombres propios, costumbres matrimoniales poco corrientes y leyes relativas a compras de tierras. Pero aún era más importante que los patriarcas aparecieran descritos de forma realista como personas que llevaban un tipo de vida beduino, desplazándose con sus rebaños por las sierras centrales de Canaán, entre Siquén, Betel, Berseba y Hebrón. Todos estos elementos convencieron a Albright de que la época de los patriarcas era auténtica. El y sus colegas comenzaron, pues, a buscar pruebas de la presencia de grupos de pastores de origen mesopotámico que habrían recorrido Canaán en torno al año 2000 a. de C.

Sin embargo, la búsqueda de los patriarcas históricos no llegó a tener éxito, pues ninguno de los periodos próximos a las fechas sugeridas por la Biblia ofrecía un trasfondo totalmente compatible con los relatos bíblicos. (Véanse detalles adicionales en el apéndice A). La supuesta migración hacia el oeste de grupos que habrían marchado de Mesopotamia a Canaán —la llamada migración amorrea, en la que Albright situaba la llegada de Abraham y su familia— resultó más tarde una ilusión. La arqueología desmintió totalmente la suposición de que en aquel momento se había producido un movimiento demográfico repentino y masivo. Y los aparentes paralelismos entre las leyes y costumbres de Mesopotamia en el segundo milenio a. de C. y las descritas en los relatos de los patriarcas eran tan genéricos que podían valer para casi cualquier periodo de la historia antigua de Oriente Próximo. Adaptar las fechas no ayudaba a resolver el asunto. Posteriores intentos realizados por De Vaux para situar las narraciones de los patriarcas en el Bronce Medio (2000-1550 a. de C.), por los estudiosos norteamericanos Speiser y Gordon para ubicarlas en las circunstancias descritas por un archivo del siglo xv a. de C. hallado en Nuzi, en el norte de Irak, y por Benjamin Mazar, historiador bíblico israelí, para localizarlas al principio de la Edad del Hierro, no consiguieron tampoco establecer un vínculo convincente. Los paralelismos destacados eran tan generales que podían hallarse en muchas épocas.

El resultado de todos aquellos intentos fue algo parecido a un círculo vicioso. Las teorías académicas sobre la era de los patriarcas (de cuya existencia histórica nunca se dudaba) pasaban, en función de los descubrimientos, de mediados del tercer milenio a. de C. a finales del mismo, principios o mediados del segundo y la Edad del Hierro antiguo. El principal problema era que los estudiosos que aceptaban como fiables las descripciones bíblicas creían erróneamente que la era patriarcal debía contemplarse, de una u otra manera, como la fase más temprana de una historia *secuencial* de Israel.

Algunos anacronismos reveladores

Los especialistas en crítica textual que habían identificado fuentes diferentes subyacentes al texto del Génesis insistían en que las crónicas patriarcales habían sido puestas por escrito en una fecha relativamente tardía, en tiempos de la monarquía (siglos x-viii a. de C.) o,

incluso, después, en los días del exilio y posteriores (siglos vi-v a. de C). El biblista alemán Julius Wellhausen sostuvo que los relatos de los patriarcas, tanto en los documentos J como en los E, reflejaban los intereses de la monarquía israelita en sus últimos tiempos, intereses proyectados sobre las vidas de unos padres legendarios en un pasado en gran parte mítico. Los relatos de la Biblia deberían considerarse, por tanto, como una mitología nacional, sin más base histórica que la epopeya homérica o los viajes de Ulises, o que la epopeya virgiliana de la fundación de Roma por Eneas.

En décadas más recientes, los biblistas norteamericanos John Van Seters y Thomas Thompson volvieron a cuestionar los supuestos testimonios arqueológicos favorables a la existencia de los patriarcas históricos en el segundo milenio a. de C. Según ellos, aunque los textos posteriores contenían algunas tradiciones anteriores, la selección y organización de los relatos, más que preservar una crónica histórica fiable, expresaba un mensaje claro de los editores bíblicos en el momento de la compilación.

Pero ¿cuándo se llevó a cabo esa compilación? El texto bíblico revela algunas claves claras que pueden delimitar el momento de su composición final. Tomemos, por ejemplo, las repetidas alusiones a los camellos. En los relatos de los patriarcas abundan los camellos, normalmente rebaños de camellos; pero, como en el caso de la historia de la venta de José por sus hermanos como esclavo (Génesis 37:25), los camellos se describen, asimismo, como animales de carga utilizados en el comercio caravanero. Hoy, gracias a las investigaciones arqueológicas, sabemos que los camellos no fueron domesticados para servir como animales de carga antes del final del segundo milenio y no se utilizaron ampliamente para ese fin en el antiguo Oriente Próximo hasta bastante después del año 1000 a. de C. Un detalle todavía más revelador —la caravana de camellos que, en la historia de José, transporta «goma, bálsamo y resina» — revela una evidente familiaridad con los principales productos del lucrativo comercio árabe floreciente en los siglos vm-vii a. de C. bajo la supervisión del imperio asirio.

De hecho, excavaciones realizadas en el yacimiento de Tell Jemmeh, en la llanura litoral de Israel —un centro de almacenaje especialmente importante situado en la principal ruta caravanera entre Arabia y el Mediterráneo—, han revelado un espectacular aumento del número de huesos de camello en el siglo VII. Los huesos eran casi exclusivamente de animales adultos, lo que daba a entender que pertenecían a animales de carga, y no a rebaños criados en el lugar (entre los que se habrían encontrado también huesos de animales jóvenes). De hecho, las fuentes asirías describen la utilización de camellos como animales de carga en caravanas en ese preciso momento. Hasta entonces, los camellos no habían sido un elemento del paisaje lo bastante común como para incluirlos como detalle accesorio en una narración literaria.

No debemos olvidar, además, la cuestión de los filisteos. Oímos hablar de ellos en relación con el encuentro de Isaac con «Abimelec, rey de los filisteos», en la ciudad de Guerar (Génesis 26:1). Los filis-

teos, un grupo emigrado del Egeo o del Mediterráneo oriental, no habían establecido sus asentamientos a lo largo de la llanura costera de Canaán hasta algo después del 1200 a. de C. Sus ciudades prosperaron en los siglos XI y X y siguieron dominando la zona hasta bien entrado el periodo asirio. La mención de Guerar como ciudad filistea en las narraciones sobre Isaac y la mención de la ciudad (sin atribuirle a los filisteos) en las historias sobre Abraham (Génesis 20:1) dan a entender que tenía una importancia especial o que era, al menos, muy conocida en el momento de la composición de las narraciones de los patriarcas. Guerar se identifica aún hoy con Tel Haror, al noroeste de Berseba, y las excavaciones realizadas allí han demostrado que en la Edad del Bronce I —la fase temprana de la historia filistea— no era más que un pueblo pequeño y bastante insignificante. Pero, a finales del siglo vm y en el siglo VII a. de C., se había convertido en un bastión poderosamente fortificado de la administración asiria en el sur, un evidente punto de referencia.

Estos detalles incongruentes, ¿eran meras inserciones introducidas en tradiciones más antiguas, o bien indicios de que *tanto* ellos *como* la historia narrada eran posteriores? Muchos estudiosos —en especial quienes apoyaban la idea de los patriarcas «históricos»— los consideraban detalles secundarios. Pero, según dijo Thomas Thompson ya en la década de 1970, las referencias concretas en el texto a ciudades, pueblos vecinos y lugares familiares son, precisamente, los aspectos que distinguen los relatos patriarcales de las narraciones totalmente míticas del folclore. Resultan decisivamente importantes para identificar la fecha y el mensaje del texto. En otras palabras, los «anacronismos» de los relatos patriarcales son mucho más importantes para la datación y la comprensión del significado y el contexto histórico que la búsqueda de cálculos beduinos o matemáticos antiguos referentes a las edades y genealogías de los patriarcas.

Por tanto, la mezcla de camellos, productos árabes, filisteos y ciudades como Guerar —así como otros lugares y naciones mencionados en las historias del Génesis acerca de los patriarcas— resulta altamente significativa. Todas las claves apuntan hacia una fecha de composición posterior en muchos siglos a la época en que, según la Biblia, vivieron los patriarcas. Éstos y otros anacronismos sugieren un periodo intenso de redacción de las crónicas patriarcales en los siglos vm y vil a. de C.

Un mapa viviente del antiguo Oriente Próximo

Es evidente que, cuando comenzamos a examinarlas, las genealogías de los patriarcas y las numerosas naciones surgidas de sus citas, matrimonios y relaciones familiares nos ofrecen un abigarrado mapa humano del antiguo Oriente Próximo desde un punto de vista que es inconfundiblemente el de los reinos de Israel y Judá en los siglos vm y vn a. de C. Esos relatos nos ofrecen un comentario sumamente sutil sobre asuntos políticos de la región en los periodos asirio y neo-

babilonio. Muchos de los términos étnicos y topónimos se pueden fechar en esa época, pero, además, sus caracterizaciones cuadran perfectamente con lo que sabemos sobre las relaciones de pueblos y reinos vecinos con Judá e Israel.

Comencemos por los árameos, que dominan los relatos del matrimonio de Jacob con Lía y Raquel y su relación con su tío Labán. En los textos antiguos de Oriente Próximo, los árameos no se mencionan como un grupo étnico diferenciado antes de c. 1100 a. de C. A comienzos del siglo ix a. de C. llegaron a ser un factor dominante en las fronteras septentrionales de los israelitas, con la aparición de varios reinos árameos en toda la zona de la moderna Siria. Entre ellos, el reino de Aram-Damasco fue unas veces aliado y otras rival del reino de Israel en el dominio de los ricos territorios agrícolas situados entre los principales centros del valle alto del Jordán y Galilea. En realidad, el ciclo de relatos que hablan de Jacob y Labán expresa metafóricamente las relaciones complejas y con frecuencia tormentosas entre Aram e Israel durante muchos siglos.

Por un lado, Israel y Aram fueron a menudo rivales militares. Por otro, una gran parte de la población de los territorios septentrionales del reino de Israel parece haber sido de origen arameo. Así, el libro del Deuteronomio llega incluso a describir a Jacob como «un arameo errante» (26:5), y las historias sobre las relaciones entre cada uno de los patriarcas y sus primos árameos expresan claramente la conciencia de unos orígenes compartidos. La descripción bíblica de las tensiones entre Jacob y Labán y la erección final de un mojón al este del Jordán para marcar la frontera entre sus pueblos (Génesis 31:51-54; significativamente, un relato E, o del «norte») reflejan el reparto territorial entre Aram e Israel en los siglos IX-VIII a. de C.

En los relatos de los patriarcas aparecen también claramente reflejadas las relaciones de Israel y Judá con sus vecinos orientales. Sus contactos con los reinos de Amón y Moab habían sido con frecuencia hostiles a lo largo de los siglos viii y vii a. de C.; de hecho, Israel dominó Moab a comienzos del siglo ix a. de C. Por tanto, resulta altamente significativo —y cómico— cómo se menosprecia a los vecinos del este en las genealogías patriarcales. Génesis 19:30-38 (que es, significativamente, un texto J) nos informa de que aquellas naciones habían nacido de una unión incestuosa. Después de que Dios hubo destruido las ciudades de Sodoma y Gomorra, Lot y sus dos hijas buscaron abrigo en una cueva de las colinas. Las hijas, ante la imposibilidad de encontrar verdaderos maridos en su situación de aislamiento —y desesperadas por tener descendencia— sirvieron vino a su padre hasta emborracharlo. Luego, se acostaron con él y, finalmente, dieron a luz dos hijos: Moab y Amón. Ningún judaíta del siglo vii que mirara al otro lado del mar Muerto, hacia los reinos rivales, habría sido capaz de reprimir una sonrisa de desprecio ante aquel relato de un abolengo de tan dudosa reputación.

Las historias bíblicas de los hermanos Esaú y Jacob nos brindan un ejemplo aún más claro de las opiniones del siglo VII envueltas en ropajes antiguos. Génesis 25 y 27 (textos J, meridionales) nos hablan de los gemelos —Esaú y Jacob— que están a punto de nacer como

hijos de Isaac y Rebeca. Dios dice a Rebeca, embarazada: «Dos naciones hay en tu vientre, dos pueblos se separan en tus entrañas: un pueblo vencerá al otro y el mayor servirá al menor» (25:23). A medida que se desarrollan los acontecimientos nos enteramos de que Esaú es el mayor y Jacob, el menor. Así pues, la descripción de los dos hermanos, los padres de Edom e Israel, sirve como legitimación divina de la relación política entre las dos naciones de la época monárquica tardía. Jacob-Israel es sensible y cultivado, mientras que Esaú-Edom es un cazador más primitivo y un hombre del campo abierto. Pero Edom no existió como entidad política diferenciada hasta un periodo relativamente tardío. Sabemos por fuentes asirias que en Edom no hubo auténticos reyes ni Estado antes del final del siglo vin a. de C. Edom no aparece en los documentos antiguos como una entidad diferenciada hasta la conquista de la región por Asiria. Y no se convirtió en un serio rival de Judá hasta el comienzo del lucrativo comercio árabe. Las pruebas arqueológicas son también claras: la primera gran oleada colonizadora de Edom, acompañada del establecimiento de grandes asentamientos y fortalezas, pudo haber comenzado a finales del siglo vm a. de C., pero no alcanzó su apogeo hasta los siglos VII y VI a. de C. Hasta entonces, la zona estaba escasamente poblada. Y excavaciones realizadas en Bosra —capital de Edom en la Edad del Hierro tardío II— han revelado que no llegó a ser una gran ciudad hasta el periodo asirio.

Así pues, las historias de Jacob y Esaú —el hijo delicado y el fornido cazador— están hábilmente modeladas como leyendas arcaizantes para reflejar las rivalidades de la época monárquica tardía.

Los pueblos del desierto y los imperios orientales

Las rutas del lucrativo comercio caravanero de especias e incienso, un producto poco común procedente del sur de Arabia, que serpenteaban atravesando los desiertos y la frontera meridional de Judá hasta llegar a los puertos del Mediterráneo, fueron durante los siglos vin y vn un factor significativo de la vida económica de toda la región. Para Judá, ciertos pueblos de origen nómada eran esenciales en este sistema comercial de largo alcance. Varias genealogías incluidas en las historias de los patriarcas nos ofrecen un cuadro detallado de los pueblos de los desiertos del sur y el este durante los últimos tiempos de la monarquía y explican —una vez más a través de la metáfora de las relaciones familiares— qué función desempeñaron en la historia contemporánea de Judá. En particular, Ismael, el hijo menospreciado de Abraham y Hagar, aparece descrito en el Génesis como antepasado de muchas de las tribus árabes que habitaban los territorios de la franja meridional de Judá. El cuadro no es ni mucho menos halagüeño. Ismael aparece retratado como un perpetuo nómada, «un potro salvaje: él contra todos y todos contra él» (Génesis 16:12; un documento J, como no es de extrañar). Entre sus muchos

hijos se encuentran varias tribus del sur que entablaron nuevos contactos con Judá en el periodo asirio.

Entre los descendientes de Ismael enumerados en Génesis 25:12-15 aparecen, por ejemplo, los quedaritas (por el nombre de su hijo Quedar), mencionados por primera vez en documentos asirios de finales del siglo vin a. de C. y a los que se alude a menudo durante el reinado del soberano asirio Asurbanipal, en el siglo vil a. de C. Antes de esas fechas vivían más allá del área de interés inmediato de Judá e Israel ocupando la franja occidental del Creciente Fértil. Así mismo, Adbeel y Nebayot, hijos de Ismael, representan a grupos del norte de Arabia mencionados también por primera vez en inscripciones asirias de finales del siglo VIII y del siglo VII. Y, finalmente, Tema, otro hijo de Ismael, está vinculado probablemente al gran oasis caravanero de Tayma, en Arabia noroccidental, mencionado en fuentes asirias y babilonias de los siglos vm y vil a. de C., uno de los principales centros urbanos de Arabia septentrional desde c. 600 a. de C. y a lo largo del siglo v a. de C. El grupo denominado Sebá, mencionado en otra lista de pueblos del sur (Génesis 25:3), vivía también en el norte de Arabia. Dado que ninguno de estos nombres concretos era importante o ni siquiera estaba presente en la experiencia del pueblo de Israel antes del periodo asirio, no parece haber muchas dudas de que esos pasajes genealógicos fueron elaborados entre los siglos VIII y VI a. de C.³

Otros topónimos mencionados en las crónicas patriarcales referentes al desierto y a los territorios circundantes deshabitados nos sirven adicionalmente para confirmar la fecha de su composición. Génesis 14, el relato de la gran guerra emprendida por invasores del norte (dirigidos por el misterioso Codorlahomer de Elam, en Mesopotamia) junto con los reyes de las ciudades de la llanura, es una fuente única del Génesis que podría fecharse en la época del exilio o después de él. Sin embargo, nos proporciona información geográfica interesante, significativa sólo para el siglo vn a. de C. «En-Mispat (o Cades)» (Génesis 14:7) es, con suma probabilidad, una referencia a Cades Barne, el gran oasis del sur que desempeñaría un papel tan importante en la narración del éxodo. Se ha identificado con Ein el-Qudeirat, en el Sinaí oriental, un emplazamiento que, según han demostrado las excavaciones, estuvo ocupado fundamentalmente en el siglo vn y los primeros años del vi a. de C. De la misma manera, el lugar mencionado como Tamar en ese mismo versículo bíblico debería identificarse con suma probabilidad con Ein Haseva, en el

³ Es importante observar que una parte de este material genealógico presente en el Génesis, por ejemplo las listas de los hijos de Israel, pertenece a la fuente P, fechada en su mayoría en tiempos posteriores al exilio. Aunque algunos estudiosos sostienen que P tiene un sustrato procedente del último periodo de la monarquía y es, por tanto, un buen reflejo de los intereses y las realidades del reino de Judá en el siglo VII, es posible que algunas alusiones reflejen también realidades del siglo VI a.C. No obstante, no existe ninguna explicación convincente de por qué en las genealogías patriarcales se mencionan todos esos pueblos moradores del desierto, a no ser que se consideren intentos literarios tardíos de incorporarlos de forma sistemática a la historia antigua de Israel

norte de Araba, donde las excavaciones han descubierto una gran fortaleza activa principalmente al final de la Edad del Hierro. Así, la geografía e, incluso, la ubicación fundamental de un terrible enfrentamiento con un invasor mesopotámico habrían sido conocidas y de mal augurio para el pueblo de Judá en el siglo VII a. de C.

Pero eso no es todo. Las narraciones del Génesis revelan también una inequívoca familiaridad con la situación y la fama de los imperios asirios y babilonios de los siglos IX-VI a. de C. Asiría se menciona específicamente en relación con el río Tigris en Génesis 2:14, y dos de las capitales reales del imperio asirio —Nínive (reconocida como capital del imperio en el siglo VII a. de C.) y Calaj (su antecesora)— se nombran en Génesis 10:11 (ambos son documentos J). La ciudad de Jarán tiene un papel predominante en las historias de los patriarcas. El lugar, llamado todavía Eski Harran («Viejo Jarán») se encuentra al sur de Turquía, en la frontera con Siria; prosperó a comienzos del segundo milenio a. de C. y, nuevamente, en el periodo neosirio. Finalmente, algunos textos asirios mencionan localidades situadas en la zona de Jarán con nombres que se parecen a los de Téraj, Najor y Sarug —ascendientes de Abraham (Génesis 11:22-26, una fuente P)—. Es posible que fueran antepasados epónimos de esas localidades.

El destino de Judá

El biblista alemán Martín Noth sostuvo hace tiempo que las informaciones sobre los primeros tiempos de la existencia de Israel —los relatos de los patriarcas, el éxodo y las andanzas por el Sinaí— no fueron compuestas en origen como una epopeya única. Según su teoría, eran tradiciones distintas de tribus particulares reunidas en una narración conjunta al servicio de la causa de la unificación política de la población israelita, dispersa y heterogénea. De acuerdo con su opinión, el foco geográfico de cada uno de los ciclos narrativos, en particular de los de los patriarcas, ofrece una clave importante para saber dónde tuvo lugar la composición —no necesariamente los sucesos— del relato. Muchas de las historias relacionadas con Abraham se sitúan en la parte meridional de la serranía, en concreto en la región de Hebrón, al sur de Judá. Isaac está asociado con la franja desértica meridional de Judá, en concreto con la región de Berseba. En cambio, Jacob desplegó su actividad sobre todo en las colinas del norte y en Transjordania —zonas que habían sido siempre de especial interés para el reino norteño de Israel—. Según Noth, los patriarcas fueron, por tanto, en origen antepasados de regiones muy distintas, reunidos finalmente bajo una genealogía única en un esfuerzo por crear una historia unificada.

Ahora resulta evidente que el propósito de la elección de Abraham, con su estrecho contacto con Hebrón, la primera ciudad real de Judá, y con Jerusalén («Salen» en Génesis 14:18) era el de recalcar la

primacía de Judá incluso en los primeros tiempos de la historia de Israel. Es algo así como si un escrito americano que describiera la historia precolombina prestara una atención desmedida a la isla de Manhattan o a la franja de territorio que acabaría siendo Washington D.C. El significado político intencionado de la inclusión de un detalle como éste en una narración de mayor amplitud pone, al menos, en cuestión su credibilidad histórica.

Según veremos con mayor detalle en los capítulos siguientes, Judá fue un reino bastante aislado y escasamente poblado hasta el siglo vin a. de C., y apenas podía compararse en territorio, riqueza y poder militar con el reino de Israel, en el norte. La alfabetización era muy deficiente, y su capital, Jerusalén, una localidad rural pequeña y apartada en las colinas. Sin embargo, tras la liquidación del reino septentrional de Israel por el imperio asirio en 720 a. de C., Judá experimentó un enorme crecimiento demográfico, desarrolló instituciones estatales complejas y surgió en la región como una potencia significativa. Estaba gobernado por una dinastía antigua y contaba con el templo más importante conservado dedicado al Dios de Israel. Por tanto, a finales del siglo vm y en el siglo vil, Judá adquirió un sentimiento singular de su propia importancia y su destino divino. El mero hecho de su supervivencia fue para aquel reino una prueba de la intención de Dios desde los tiempos de los patriarcas de que Judá reinaría sobre todo el territorio de Israel. Al ser la única organización política israelita que quedaba con vida, Judá se consideró en un sentido más terrenal el heredero natural de los territorios israelitas y de la población que había sobrevivido a la acometida asiria. Lo que se necesitaba en ese momento era un medio vigoroso de expresar esa concepción tanto para el pueblo de Judá como para las comunidades israelitas dispersas bajo el dominio asirio. Así fue como nació la idea panisraelita, con Judá como centro de la misma.

Las narraciones patriarcales nos pintan, pues, una ascendencia unificada del pueblo israelita que se remonta al patriarca más judeo: Abraham. Sin embargo, aunque los relatos del Génesis giran sobre todo en torno a Judá, no descuidan honrar las tradiciones israelitas del norte. En este sentido, es significativo que Abraham construyera altares a YHWH en Siquén y Betel (Génesis 12:7-8), los dos centros de culto más importantes del reino septentrional, así como en Hebrón (Génesis 13:18), el centro más importante de Judá después de Jerusalén. El personaje de Abraham funciona, por tanto, como unificador de las tradiciones septentrionales y meridionales al tender un puente entre norte y sur. La atribución a Abraham del establecimiento de altares en Betel y Siquén es un testimonio claro de las pretensiones judaítas de que, incluso los lugares de culto contaminados por la idolatría durante la época de los reyes israelitas, habían sido en otros tiempos lugares legítimamente sagrados para el patriarca del sur⁴.

⁴ Otro ejemplo de la unificación de tradiciones septentrionales y meridionales en tiempos de la supremacía judaíta es la localización de las tumbas de los patriarcas.

Es totalmente posible, e incluso probable, que los episodios particulares de las narraciones patriarcales se basaran en antiguas tradiciones locales. Sin embargo, el uso que se les dio y el orden en que fueron organizadas las transforma en una vigorosa expresión de los sueños judaítas del siglo VII. De hecho, la superioridad de Judá sobre el resto de sus hermanos no podía ponerse de relieve con más fuerza en la última bendición de Jacob a sus hijos, citada anteriormente. Según la promesa dada, aunque los enemigos presionaran por todas partes, Judá no sería derribado jamás.

Las tradiciones patriarcales deben considerarse, pues, como una especie de «prehistoria» piadosa de Israel en la que Judá tuvo una función decisiva. Describen la auténtica historia primitiva de la nación, trazan los límites étnicos, hacen hincapié en que los israelitas eran forasteros que no formaban parte de la población indígena de Canaán y engloban las tradiciones del norte y el sur, subrayando en última instancia la superioridad de Judá ⁵. En los testimonios reconocidamente fragmentarios de la versión E de los relatos patriarcales, recopilados probablemente en el reino septentrional de Israel antes de su destrucción, en 720 a. de C, la tribu de Judá no desempeña casi ningún cometido. A finales del siglo VIII y, sin duda alguna, en el siglo VII a. de C., Judá era el centro de lo que quedaba de la nación israelita. A la luz de esta idea, la versión J de las narraciones de los patriarcas se ha de considerar, ante todo, un intento de volver a definir la unidad del pueblo de Israel —más que un informe exacto de las vidas de personajes históricos que habían vivido más de mil años antes.

En el siglo VII, las gentes de Judá habrían considerado convincente y familiar el relato bíblico de los patriarcas. En aquellas historias, los pueblos conocidos y los enemigos amenazadores del presente se situaban en torno a los lugares de los campamentos y pastizales de Abraham y su descendencia. El paisaje de los relatos

Este lugar sagrado —el enterramiento de Abraham e Isaac (héroes del sur), y también de Jacob (héroe del norte)— se halla en Hebrón, tradicionalmente la segunda ciudad más importante de las serranías de Judá. El relato de la adquisición de la tumba de los patriarcas se suele atribuir a la fuente sacerdotal (P), que parece estar compuesta por más de un estrato. Si esta tradición tiene su origen en el último periodo de la monarquía (aunque su versión final fuera posterior), se trataría de una manifestación clara de la posición central de Judá y su superioridad sobre el norte. La transacción descrita en concreto en el relato tiene paralelos claros en el periodo neobabilónico —lo cual nos daría otra clave para entender las realidades tardías subyacentes tras las narraciones de los patriarcas.

⁵ Dado que la mayoría de los estudiosos datan la fuente (P) del Pentateuco en fechas posteriores al exilio y que la redacción final de los cinco libros se acometió en esa época, nos enfrentamos a la grave cuestión de si hay alguna posibilidad de identificar en los relatos del Génesis un sustrato posterior al exilio. Las necesidades de la comunidad de la época posterior al exilio eran, en muchos sentidos, muy similares a las del Estado de la monarquía tardía. Sin embargo, según intentamos demostrar aquí, el marco básico y la elaboración inicial de los relatos de los patriarcas indican claramente que su origen se debería buscar en el siglo VII.

patriarcales es una visión romántica y ensoñada del pasado pastoril, especialmente adecuada al contexto, también pastoril, de una gran parte de la población judaíta. Esa visión se entretejió a partir de recuerdos, retazos de costumbres antiguas, leyendas sobre el nacimiento de pueblos y preocupaciones suscitadas por conflictos contemporáneos⁶. Las múltiples fuentes y episodios combinados son un testimonio de la riqueza de tradiciones en que se apoyó la narración bíblica —y de la diferencia entre los lectores judaítas e israelitas a quienes iba destinada.

¿El Génesis como preámbulo?

Aunque los relatos del Génesis giran en torno a Judá —y si es que fueron escritos en el siglo vn a. de C. en una fecha próxima al momento de la compilación de la Historia Deuteronomista—, ¿cómo es que se hallan tan alejados de ciertas ideas del Deuteronomio, como la centralización del culto y la posición focal de Jerusalén? Parecen, incluso, estar promocionando lugares de culto del norte como Betel y Siquén y describiendo la creación de altares en muchos emplazamientos que no eran Jerusalén. Quizá debamos ver en ello un intento de presentar las tradiciones patriarcales como una especie de prehistoria piadosa previa a Jerusalén, la monarquía y el Templo, cuando los padres de las naciones eran monoteístas pero se les permitía todavía ofrecer sacrificios en otros lugares. El retrato de los patriarcas como pastores o ganaderos nómadas pudo haber sido pensado, de hecho, para dar un aire de gran antigüedad a las fases de formación de una sociedad que sólo recientemente había adquirido

⁶ Las ambiciones territoriales de Judá en el siglo VII. que le llevaron a reclamar tierras israelitas conquistadas por los asirlos, se expresan también en las tradiciones de Abraham. En el relato de la gran guerra de Génesis 14, Abraham va tras los reyes mesopotámicos que habían apresado a su sobrino Lot y los persigue hasta Damasco y Dan (14:14-15). En aquella acción, Abraham liberó a su pariente de la esclavitud mesopotámica y expulsó a las fuerzas extranjeras de lo que serían más tarde las fronteras septentrionales del reino de Israel.

La especial atención prestada a las tribus de «José» —Efraín y Manases— y el decidido mensaje dado a los israelitas en los relatos de los patriarcas para separarse de los cananeos son también elementos significativos de las ambiciones territoriales demostradas en aquel momento por Judá, cuyo proyecto inmediato tras la caída del reino del norte fue expandirse a los anteriores territorios de Israel en las tierras altas colindantes con el norte de Judá —es decir, los territorios de Efraín y Manases—. Tras destruir Samaría, los asirlos establecieron en los territorios del derrotado reino septentrional a deportados de Mesopotamia. Algunos fueron asentados en la zona de Betel, cerca de la frontera norte de Judá. La idea panisraelita hubo de tener en cuenta aquella situación de unos nuevos «cananeos» residentes en los territorios considerados por Judá su herencia propia. Los relatos patriarcales, que hacen mucho hincapié en la importancia de contraer matrimonios intraétnicos y evitarlos con otros pueblos del país, encajan perfectamente en esta situación.

una conciencia nacional clara.

El significado de todo ello es que tanto los textos J del Pentateuco como la Historia Deuteronomista fueron escritos en el siglo VII a. de C. en Judá, en Jerusalén, cuando el reino septentrional de Israel había dejado ya de existir. Las ideas, los relatos fundamentales e incluso los personajes que aparecen en esas composiciones eran, probablemente, muy conocidos. La fuente J describe la historia más temprana de la nación, mientras que la Historia Deuteronomista trata de los sucesos acaecidos en siglos más recientes, haciendo especial hincapié en la idea panisraelita, en la protección divina del linaje davídico y en la centralización del culto en el Templo de Jerusalén.

La gran genialidad de los creadores de esta epopeya nacional en el siglo VII consistió en entretrejer los relatos antiguos sin despojarlos de su humanidad o su peculiaridad individual. Abraham, Isaac y Jacob siguen siendo al mismo tiempo retratos espirituales vívidos y antepasados metafóricos del pueblo de Israel. Y los doce hijos de Jacob se integraron en la tradición como miembros jóvenes de una genealogía más completa. El arte de la narración bíblica hizo, en efecto, de los hijos de Abraham, Isaac y Jacob una única familia. Lo que los unió fue la fuerza de la leyenda; y lo hizo de una manera mucho más vigorosa e intemporal de lo que podían haber llegado a hacer las fugaces aventuras de unos pocos individuos históricos que pastoreaban su ganado en las tierras altas de Canaán.